**De Juan Carrá, sobre “Tucumantes”**

“Juan Carlos Clemente pasó 33 años durmiendo sobre cadáveres”, dice Sibila Camps en la apertura del segundo capítulo de Tucumantes. Y como si la frase dejara alguna duda la refuerza y dice: “literalmente”. Un párrafo de poco más de una línea. Nada para el volumen del texto, del libro. Todo para el sentido que desprende la premisa. Porque eso es lo que significa para la autora esa frase: una premisa, un primer motor para lo que vendrá.

Sibila parte de ahí: un dato marginal que le llega por la prensay ella analiza, reinterpreta, la da forma, le da vida. Entonces se lanza a investigar. Días, meses, años. Lo necesario para que a la hora de escribir hubiera un mundo de palabras, de frases, de imágenes capaces de condensar tanto… tanto.Y en esas horas de probar escritura, Sibila tomó una decisión de escritora (no de periodista): Se propuso que ese proceso que suele quedar para la intimidad de la investigadora sea parte de la narración. Un relato dentro del relato. Nos cuenta su periplo por una historia que son decenas de historias y que seguramente, con el tiempo y la propia acción de memoria que propone este libro, se irán ramificando hacia zonas que ya no le pertenecerán a la autora, sino a la sociedad en su conjunto. Aparece entonces esa primera persona que habilita el nuevo (ya viejo) periodismo, la crónica narrativa. Pero es importante remarcar que Sibila sabe retirarse del texto para que sea el texto mismo el que diga, el que cuente lo que hay que contar.

La voz del narrador deriva, se deja llevar por el relato como si no tuviera el control de su barco, y ahí radica el truco necesario que todo texto debe tener, el pliegue de la narración: cuando parece perderse aparece el golpe de timón necesario para mostrarnos que todo estuvo siempre bajo control, en su mano de investigadora, de periodista, de escritora.

Sibila se enfrente a este libro con valentía. Pone en foco a Juan Carlos Clemente. El sobreviviente, el colaborador, el traidor, el hombre que durmió sobre los cuerpos de sus compañeros. Víctima. Victimario. Un personaje polémico, difícil de abordad. Políticamente incorrecto, quizás. Un tipo que muchos periodistas preferirían escaparle por lo complejo del asunto, y que Sibila decidió agarrar por las astas con la certeza y la tranquilidad de que lo que nos dejó la dictadura excede la idea de una realidad binaria.

Hay que destacar, también, la tensión narrativa que logra el relato en cada uno de sus fragmentos que componen el todo: tan potente que es imposible apartarse del texto.

El manejo de la geografía, remarca el *in situ*. Sibila estuvo ahí. La vemos. Caminó esas calles, estuvo en cada una de las casas, miró a los ojos a sus personajes. La multiplicidad de fuentes (abundantes en calidad y cantidad) se manifiesta en el acabado conocimiento del contexto histórico, pero sobre todo en los detalles que hacen a una sociedad que no es la suya. Sibila se propone un armado casi antropológico que logra captar el nervio de los tucumanos y las heridas latentes que dejó el terrorismo de Estado.

Por las páginas de Tucumantes pasan los Oesterheld, los Santucho. Pero también los y las nadie, esos hombres y mujeres que fueron blanco del terrorismo de Estado. Algunos miembros de organizaciones revolucionarias, otros simplemente tucumanos. Tucumantes.

“Cada vez que estuve en Tucumán tuve la impresión —dice Sibila en el libro— de revivir los años de la posdictadura. Había un denominador común, que de pronto me resultó diáfano: los estigmas del Estado terrorista persistían a través de las décadas como no había ocurrido en otras provincias”. Y es una de sus fuentes, Adriana Guerrero, la que echa luz cuando le cuenta que la provincia entera, durante la dictadura, estaba regida por los mismos códigos que los centros clandestinos. Y pone énfasis en la toma de posesión de los cuerpos. Otra vez los cuerpos. Los que sobrevivieron, los que desaparecieron. Cuerpos marcados. Estigmas. El cuerpo como un territorio en disputa política. Moldeados y adoctrinados. También rebeldes. Quizás por eso cuando los tucumanos conservadores quisieron desprestigiar a Sibila por su trabajo periodístico en la cobertura de alguno de los encuentros nacionales de mujeres que decidió cubrir para diario Clarín pensaron que la insultaban pintando con aerosol negro “Sibila Camps lesbiana, falopera y drogadicta”. En esa frase también está la herencia de la dictadura. La moral eclesiástica capaz de encubrir los vuelos de la muerte pero siempre atenta a señalar todo aquello que no entra en su molde.

Los supuestos insultos encierran algo que está íntimamente ligado a este libro. Y creo que podríamos decir a la obra periodística de la autora: Sibila molesta. Sibila incomoda. Y lo hace desde su profesión, la más noble de las profesiones cuando está al servicio de los pueblos. Y eso es Tucumantes. Un libro imprescindible para seguir contando y contándonos para conocer qué nos quedó después de que las bestias arrasaran con todo. Un libro necesario para vencer al silencio, para siempre.